

Historia, biografía y ficción en *Yo el Supremo*

José Gaspar Rodríguez de Francia fue un hombre mitificado en su vida real, dictador perpetuo del Paraguay, personalidad extraña, personaje de leyenda. La historia debe encargarse de desmitificarlo, devolviéndolo a su lugar, sin apasionamientos ni rencores. La visión, desde la literatura, recreada, a veces, es más real que la visión histórica. Se traslada en el tiempo, hace creíble al personaje en su trayectoria vital, en su circunstancia, y lo actualiza.

Augusto Roa Bastos en su novela *Yo, el Supremo*, mitifica y desmitifica la figura de Francia. El hombre es elevado a personalidad histórica, y en su ambición de poder, en su dictadura desmedida, es devuelto, en caricatura, a la entidad de personaje contradictorio, odioso.

La historia no siempre dice la verdad. Hay una historia contada (tal vez pagada por el poder a sus memorialistas) y una historia crítica, actualizada, que pone la verdad y la mentira en su sitio. La novela tal como puede ser entendida en *Yo, el Supremo* es una visión, mítica y crítica, de múltiples perspectivas, biografía, historia, ficción, verdadera realidad recreada. La biografía se ocupa del hombre; la historia de la personalidad; la novela, de la mitificación ennoblecedora y de la desmitificación que rebaja al gran hombre hasta su caricatura.

Del concepto stendhaliano de novela como espejo a lo largo del camino hemos de pasar al concepto en la novela de Roa Bastos *Yo, el Supremo*, de multiplicidad de espejos que reflejan el universo o laberinto¹. De la novela lineal, el lector debe adentrarse en la novela circular, compleja, donde los textos y tiempos se co(n)funden.

José Gaspar Rodríguez de Francia posee una identidad compleja, polarizada en «yo-él», personalidad escindida entre su «yo» (sujeto) y un «él» (objeto). El Supremo se debate entre su «yo», cerrado a los sentimientos humanos y un «él», artificial, ortopédico y temible, solo, en el cual, se asienta el Supremo, el Dictador. La identidad o desajuste de personalidades superpuestas puede rastrearse en la biografía, pero mu-

¹ La concepción borgiana del mundo influye en Augusto Roa Bastos. Véase como ejemplo el relato «Las ruinas circulares».

cho mejor en la novela, donde el personaje no es un retrato dejado por la historia, inamovible, sino una figura que vuelve a vivir, recreada, en el relato.

Francia es un hombre de leyenda, no un héroe, ya mitificado en vida. No es el libertador, aureolado con acciones militares como Bolívar, Sucre o San Martín. El héroe, lo es a pesar de sí mismo, por sus acciones. El doctor Francia es una personalidad de claroscuros, un hombre extraño, tal vez más interesante en su biografía que en su historicidad. Por eso es un personaje de novela, un hombre problemático, mito o monstruo antes que héroe². El héroe es un hombre grandioso, así quiere verlo la épica de siempre, un intermediario ante los dioses. Pero el doctor Francia, hombre extraordinario, está lleno de mezquindades, odios y rarezas. En él los vicios combaten con las virtudes. Los vicios trazan su caricatura, descomponen su retrato de estadista.

José Gaspar Rodríguez de Francia fue un hombre histórico y un mito superpuesto al hombre, ya en vida. La mitificación fue tal que ha llegado a formar parte de la conciencia colectiva de los paraguayos. Así lo reconoce Roa Bastos. Novelar sobre el doctor Francia es mitificar (toda novela es una invención) y desmitificar, devolver a su realidad la impostura de la mitificación histórica.

Francia, su imagen actual, es un personaje construido desde la oralidad, transmitida en las palabras dichas o susurradas por sus contemporáneos y desde la textualidad de sus escritos y documentos de archivos. Todo lo cual crea una leyenda, entre la tradición oral y escrita, una mitificación que reviste a la verdad histórica³.

Yo, el Supremo de Augusto Roa Bastos es una novela construida sobre la biografía de Francia y la historia. Sobre el yo, reducto de la intimidad, ámbito subjetivo, y la objetividad histórica, encarnada en un él, ajeno a sí mismo, dictador. La oposición yo/él, produce una dialéctica entre el hombre, condenado a sus manías y la persona consagrada a sus reformas políticas y desafueros, una gran riqueza de contrastes, sabiamente explotada por Roa Bastos que utiliza el desdoblamiento como técnica fundamental en la construcción de su novela, método ya ensayado en *Hijo de hombre*.

La mayor mitificación del hombre es su historia. Un hombre sin historia es un hombre real, que vive, muere y es olvidado. Pero el hombre que no alcanza la verdadera paz del olvido, es mitificado, adquiere una vida falsa, artificial, del recuerdo o de la fama. Cada personaje histórico tiene su imagen virtual, proyectada en el tiempo, la estatua glorificadora que disimula sus defectos. La historia debería ser imparcial, objetiva, pero es muchas veces interesada o enemiga. Un personaje como el doctor Francia despierta el encendido fervor de sus admiradores y la furia incontinente de sus detractores. La imagen dada en los textos se convierte en tópico, cara de sus éxitos y cruz de sus desgracias. Entre panegíricos y diatribas contradictorias, el lector no sabe cuál es la verdadera imagen del ser histórico (hombre que tiene historia), condenado de por muerte a la polémica. Las personalidades superiores suelen ser muy complejas, con fuertes contrastes. La historia o crónica del tiempo, refleja una imagen plana. La novela, sin embargo, puede profundizar más allá del cliché y devolver la verdadera figura de la persona-hombre, en la dialéctica creadora del personaje.

² Véase Georg Lukács: La novela histórica.

³ El doctor Francia aparece ya mitificado como el Supremo en *Hijo de Hombre*, a través del recuerdo de Macario.

⁴ Autor de *Siete años de aventuras del Paraguay*.

Sobre la polémica figura de José Gaspar Rodríguez de Francia pesa la obra de sus grandes detractores como Jorge Federico Masterman⁴, Charles A. Washoum⁵, Johann Rudolf Rengger⁶ y los hermanos Robertson⁷, entre otros, frente a sus entusiastas penegiristas. Francia, mitificado, inmortal en el tiempo, en su trayectoria histórica y en su perspectiva abierta hacia el futuro, se enfrenta en *Yo, el Supremo*, indignado, a sus detractores. Combate sus inquinas y mentiras. Intenta justificarse ante sus actuaciones reales y convencer a los paraguayos actuales. Hay un juego entre el pasado y el presente muy rico, dialéctico. La historia se actualiza en el tiempo total de la novela. El discurso justificativo de Francia debe enfrentarse, continuamente, con los ataques del compilador que combate sus razones con citas de autores contrarios, con documentos. El dictador, convertido en personaje de novela, tiene autonomía, escapa de la historia para actualizarse en nuevas razones interesadas frente a los hechos conclusos. El compilador (o autor), le combate, no con los recursos del novelista (que podrían salvar al personaje) sino con documentos históricos, objetivos. He ahí la riqueza de contrastes, la originalidad narrativa de Roa Bastos, que deja moverse a la figura histórica del doctor Francia como un personaje de ficción, y él, autor de invención, actúa como un compilador, memorialista, fundamentándose en la historia.

En la novela, Francia, dolorido por el infamante pasquín, escribe la Circular Perpetua y trata de justificarse de sus actuaciones, ante los paraguayos (también ante los lectores). En nueve circulares analiza el estado del país. El principal problema de Paraguay, puesto en evidencia una y otra vez, al cual trató de dar solución el Dictador, es la tentación imperialista de sus vecinos, Argentina o Brasil, que han intentado anexionarlo, como una provincia más, como si no tuviese entidad de Estado. El doctor Francia, con fuertes a lo largo de las fronteras, con un aislacionismo protector, creó la nación paraguaya. Más que un padre de un pueblo, fue un dictador que se arrogó el inefable título de Perpetuo. En la destrucción del tiempo lineal, en el caos que reordena un nuevo universo novelístico, Roa Bastos entreteje anacrónicamente, las legaciones de Belgrano y Correira, con fines anexionistas, enviadas de Argentina y Brasil, respectivamente, en 1811, 1824 y 1827. En su defensa del Paraguay, se justifica el Dictador. «Impedí las sucesivas invasiones que proyectaron someter nuestro país a sangre y fuego. La de Bolívar, desde el oeste por el Pilcomayo. La del imperio portugués-brasilero, desde el este, por las antiguas rutas depredatorias de los bandidescos bandeirantes. Desde el sur, las constantes tentativas de los porteños». Considera la más infame de todas la que ideó el «infame Pueyrredón»⁸. Se testifica con borrador autógrafa de Pueyrredón, en el cual se proyecta pacificar Santa Fe, dominar Entre Ríos y Corrientes y subyugar el Paraguay, al que reconoce como el país más rico de toda América. Francia, dominador del tiempo, zahorí del futuro, escribe: «Algún día, la obsesión de la patria americana, que sólo podía haber nacido en el Paraguay, el país más acorralado y perseguido de este continente, reventará como un inmenso volcán y corregirá los «consejos» de la geografía corrompida por taimados come pueblos». El discurso interminable del doctor Francia abarca desde su tiempo hasta el presente.

⁵ Autor de *Historias del Paraguay*.

⁶ Rengger y Longchamp fueron autores de *Essai historique sur la révolution du Paraguay*, publicado en 1827.

⁷ Autores de *Letters on Paraguay; An Account of a Four-Years Residence in that Republic, under the Government of the Dictator Francia*, publicadas en 1838, en tres volúmenes.

⁸ Las citas de la novela *Yo, el Supremo* de Augusto Roa Bastos van entrecuilladas en el texto, sin indicación de notas.